

Mariposa de cerro

Ivan Torres

Lunes 22 de diciembre de 1997

¡Quisiera ver el alma de los animales! ¿Será distinta a la de nosotros, tendrá algún color, a qué sabrá?...

Quisiera volver al lado de Ma Tita y de Apá, los quiero ver juntos y hablando, aunque se peleaban con las palabras no eran malos conmigo. Mi Apá tiene el color de la tierra del cerro, es feo como el coyote, bueno, así le dicen sus amigos que vienen a platicar con él. No le hace que esté feo, es mío y sólo él me cuenta lo que mis ojos no han visto.

Quisiera no haberme levantado temprano ese lunes, no me gusta, los ojos me duelen y no quieren ver. Y ese sueño que me viene como una burbuja que viaja muy chiquita entre el cielo y las ramas de los árboles. Me hubiera gustado quedarme a jugar con las ranas o mis grillos; el trompo no porque no soy bueno, no se sube a la uña y a cada rato sale volando sin bailar.

La mañana no era diferente a otras: Ma Tita calentando agua, las risas y chispas que le salen al asador, el sol terco con quemar el piso y quitarles la cobija a las gallinas que duermen en el corralito que hizo Apá. Vi un montón de nubes escurridizas, desde la cama, por la ventanita, había gordas y con caras de animales. Yo escuchaba el ronquido de los árboles, pobrecitos, están dormidos y así bien calladitos; la luz calientita del sol les iba cambiando el color de las hojas y así pues los árboles se despertaban sonriendo entre estrellitas de luces verdes. Lo mismo pues.

Desayunamos tacos de fríjol, salsa chilosa para mi Apá porque le gusta quemarse la boca, a mí no me gusta porque me arden los labios y la lengua, duele mucho. Después de que se nos 'bajara' la comida salimos a buscar a los amigos de Ma Tita y Apá. Ya tenía calor y eso que el sol no acababa de subírsele a los árboles.

Nos quedamos esperando a orillas del camino a que llegara más gente. Veía como bajaban unos y se subían otros, pero poco a poco llegaba más a donde estábamos. Me decía Ma Tita que íbamos a rezar. Ma Tita tenía una cara de dormida, se levantó muy temprano, para poner el fuego y hacer los tacos, a mi Apá lo mandó a la leña porque ya no había, todo temprano para estar listos, ¡ja ja ja!, y se esperaron como una hora a que llegaran los demás, ya ni la levantada.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, ese viene de paso, no lo cuento; seis,

siete, la señora Xóchitl vale por dos; nueve, diez, once, doce, trece, catorce, catorce... bueno, mejor ya no le sigo porque no sé cuál sigue, pero sí son muchos.

Al ratito nos fuimos todos por la brecha, llevaban mucha prisa los amigos de Ma Tita y Apá porque no me dejaron juntar piedras, pero no se fijaron que las piedras se me pegaban en los huaraches; le dije a Ma Tita que las piedritas querían jugar conmigo y ella me apretó la mano y me jaló para que no las rejuntara... juguetonas piedras que seguían metiéndose entre mis dedos, me hacían cosquillas tratando de animarme a seguir caminando. Qué coraje da caminar y caminar sin siquiera detenerse a juntarlas, ni a las ramas, ni aventarle de pedradas a las ardillas que brincan de rama en rama y cruzan rápido el camino, ¡Chin! Qué aburrido es esto.

Apá le decía a Ma Tita que con las oraciones llegaría pronto la paz. ¿La paz, pos quién anda enojado? Yo volteaba y volteaba y no miraba ningún enojo en los árboles o el cielo. Saludamos a Don José, con lo enojón y feo que es, sus cachetes arrugados y unos ojitos como cacahuates bien quemados. Cruzamos la choza donde hay muchos perros y ninguno ladró ni mordió a Ma Tita, el de cola mocha nos acompañó por el camino. La gente que iba con Ma Tita y Apá sonreía a veces y luego platicaban; el aire se puso a jugar con los sombreros de los amigos de Apá; bueno, no miré a nadie enojado, no sé por qué decían eso. ¿Cuál paz, si todo está tranquilo?

Mi mano está rara, tiene el color de la tierra por un lado y por el otro es blanquita y rayada. En la escuela, la maestra Ana nos dice que todos somos iguales, que los niños son muy bonitos de chiquitos, y que según las travesuras que hacemos nos vamos haciendo feos y peludos, pero yo no creo en eso. Yo digo que los niños salen de la tierra como gusanos, que los papás los andan juntando para llevárselos a sus casas, les ponen un nombre, les dan guaraches y luego, cuando nos hacemos grandes, grandes, nos salen las orejas, los dientes y el pelo y nos quedamos así por un ratito. Yo sé que no voy a estar así mucho rato pues le voy a decir a mi Apá que yo quiero ser una mariposa. De esas que no enseñan las alas para que no las atrapen, y que nomás vemos volar al lado de las flores. Yo saldría de noche cuando todos estén bien dormidos, y así me iré volando hasta el mar. “Las alas son como el alma”, me dijo una vez Ma Tita; Apá me platicó que todos los niños somos angelitos buenos que bajamos del cielo para acompañar a los adultos tristes. ¡Pero yo no quiero ser eso! Mejor ser mariposa y dormir en los árboles y subir al cielo para bañarme de la luz calientita del sol.

Quisiera tener bigote como mi Apá, así, lleno de pelos en los labios y

negros, negros como la noche. Me enojo porque no me salen... dice mi Apá que porqué soy muy chico, que a los niños no les salen bigotes, que nada más le salen mocos de la nariz. ¡Ah pues sí! Para eso nos sirven los mocos, son como la tierra buena y húmeda para hacerlos crecer. Pero no entiendo, Ma Tita me los quita a cada rato con un trapo, ¿No entiendo?

Yo quisiera tener botas negras como las de aquellos señores que vimos en pueblo hace mucho, cuando bajamos. Me acuerdo que en el mercado, cerca del kiosco, se juntaban para sacarse humo de la boca, como si tuvieran lumbre en la panza, ¿Por comer chile?, no sé. Son grandotes y con ropa rara, como si tuvieron mucho frío. Me dijo mi papá que eran “políticos”, algunos estaban vestidos de negro y otros de colores más serios; vi a dos señores que caminaban con un paliacate colgando del pescuezo que les llegaba hasta la panzota, como si fuera una víbora tiesa, tiesa, seca.

Tenía miedo de esos señores que llevaban los ojos tapados con botellas negras, negras, que ni el sol podría metérseles. Pobrecitos señores, pa’ mí que les lastima la sonrisa del sol como dice Ma Tita, y por eso se ponen botellas en los ojos. En el pueblo hay mucho miedo porque se tapan del aire y no juegan con la tierra, por eso se ponen esos trapos negros, las botellas en los ojos y sacan humo como para espantar algo. Pero las botas de los señores, ¡Ah qué buenas serían para correr allá en el cerro!, nadie me alcanzaría con esas botas, ni los perros ni el viento.

Por fin. Llegamos con las personas que conoce mi Apá, muchos saludos, pláticas, bla, bla, bla, bla, y que bla, bla, bla... Yo siempre me aburro y a veces hago como que los escucho muy atento, pero por dentro me duermo. Cuando se ponen a rezar me pongo como ellos, hago como que rezo y repito las palabras, pero en murmullos, y así no digo todo, nomás el final. No me gusta eso, me duerme andar repitiendo palabras raras y hacerlo muchas veces, no pos no. Mejor me quito de ahí, rezar me aburre, nomás se la pasan repite y repite cosas y favores para un “Señor” que ni les hace caso; siempre le piden y piden que les ayude, que, por la paz, la comida, la siembra, las tierras, y no les ayuda nadita. A la mejor es sordo ese “Señor”, o con tantas palabras repetidas en esas oraciones se hace bolas y no sabe que hacer primero.

Ma Tita se hincó para rezar. Yo me salí poco a poquito hasta llegar a un árbol bien grandote, lejos de todos los murmullos de rezos; me senté y de ahí alcanzaba ver a Apá y Ma Tita, además vi a unos agachados como si estuvieran buscando gusanos y a otros que volteaban al cielo, esperando que alguien les dijera por dónde empezar. Rezaban y rezaban a una María y a la señora Lupe, no, pos

así no les va a hacer caso, en el cerro, bien lejos del pueblo, de la iglesia donde las conocí, ni de chiste les van a escuchar.

Por eso mejor me quedo aquí sentado viendo las nubes con sus brincos que hacen cuando tocan las montañas y las caras que forman cuando se juntan. Quisiera no haberme quedado dormido, pero los lunes son así de cansados.

¡Me despertaron tan feo que lloré de coraje! Escuchaba cohetotes que tronaban bien cerquitas, y luego muchos gritos, llantos, hasta ver que todos gritaban como locos. Corrían como perros apedreados, se tropezaban entre ellos; al lado de los que rezaban salían unos señores de entre los árboles; señores vestidos de negro que corrían más que los amigos de Ma Tita y mi Apá, corrían todos como si hubieran visto al diablo.

Me levanté asustado buscando a Ma Tita, había más hombres envueltos en trapos negros; gritaban muy feo; algunos tenían paliacates rojos en la cara que no les dejaba sacar sus ojos ni la boca, ¿De quién se esconden estos también, del sol?

Seguí sin moverme del arbolote, de ahí miré clarito cómo Apá agarró a Ma Tita del brazo para que se levantara, con ganas de irse derecho a los árboles. Yo estaba viéndolos. El problema era que no se ponían de acuerdo a la hora de correr todos, por eso los de ropas negras los correteaban para formarlos. Tanto era el alboroto que esos señores sacaron unos cohetotes muy grandes y prietos que explotaban muy fuerte. Mientras más corrían los amigos de Apá y con los gritos de las señoras re feos, los cohetotes tronaban más recio. ¿Se molestaron porque rezaban y el ruido los enfadó? ¿Por eso los vinieron a callar? No sé y me enoja mucho por no saberlo.

Me quise ir corriendo con Ma Tita, así que poquito a poquito caminé entre los amigos de Apá acotados, eran muchos, hasta había niños requetechiquitos también dormidos al lado de ellos. Pero lo feo eran los moscos que volaban muy rápido, pa' todos lados, hasta sentí cómo uno me picó en la pierna, esos moscos tienen dura la cabeza porque me dolió tanto que me caí como costal, muy cerca del árbol donde dormía. Esos moscos andaban con mucha hambre, me asusté poquito cuando sentí mojada la pierna, pero era sangre la que saltaba en chorritos, y si la movía me dolía. ¡Ay, ay, sí duele Ma Tita!, grité fuerte pa' que viniera por mí.

Mi Apá me vio con unos ojos grandes —como nunca los había visto— y soltó a Ma Tita para ir conmigo, se vino corriendo, brincando a los dormidos, los señores de negro comenzaban a formar a todos de nuevo, pero cuando Apá se iba a acercando al árbol vi como le picaron muchos moscos al mismo tiempo. Se cayó y ya no se levantó. Le picaron en la cara, y eso sí le ha de haber dolido porque después ya no se movió.

Martes 23 de diciembre de 1997

No me puedo mover.

Me hubiera gustado dejar de ser gusano y volverme mariposa en ese momento, irme con mis alas y buscar a Ma Tita. A ella ya no la encontré porque todos se caían de tanto correr, se amontonaban como leña al fuego. Por culpa de los mosquitos me quedé bien dormido y no me fijé si mí Ma Tita me buscó o se durmió igual que yo. Los señores que le tenían miedo al sol estaban parados grite y grite, con sus cohetotes que escupían fuego; ellos le siguieron un buen rato.

Me dormí por mucho rato, los ojos me pesaban como los lunes. Soñaba cosas que no entendía. Me hubiera gustado no haberme quedado dormido porque desperté en un cuarto grande y blanco, con mucha luz. Pensé que estaba en las nubes o en el cielo. Un señor con ropa blanca me dijo que se me había perdido mi pierna, pero que luego me ponía otra... bueno, ni modo...

Como muchas cosas ricas. Me dan leche de una vaca chiquita que tiene forma de caja, pero es muy sabrosa. Me dieron pelotas y juguetes para que juegue en mi cama. Mi Apá y Ma Tita no han venido por mí, a lo mejor se les perdió una pierna o brazo como me pasó a mí y por eso andan buscándola todavía allá en el cerro. ¡Chin! ¿Y si se volvieron mariposas? No me van a encontrar entre tanto niño que hay en este cuarto.

Me hubiera quedado junto a ellos para ser mariposa yo también. Del color no me preocupo, quiero tener una alita verde y la otra roja; lo que sí me preocupa es que no han venido desde hace muchos días y no los he visto volar por la ventana que está cerca de mi cama. Yo los quiero ver volar o de perdida yo poder caminar para ir a buscarlos. ¡Y si no les gustó ser mariposas! Entonces se volvieron gusanos y ahí sí que me va costar mucho tiempo encontrarlos, porque tengo que escarbar y escarbar por todo el cerro para volver a verlos.

Viernes 26 de diciembre de 1997
Guadalajara, Jalisco. México.
Ivan Torres